

FUNDAMENTO TEOLÓGICO-LITÚRGICO DE LA HOMILÍA

Todo sacerdote cuando predica es consciente que prolonga de ese modo el ministerio evangelizador de Cristo, que envió a sus discípulos a predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15). Particularmente, a través de la homilía –que tiene lugar tras las lecturas bíblicas en la liturgia–, el predicador expone y explica, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana adaptándose a las circunstancias específicas de la comunidad concreta a la que se dirige, actualizando así la buena noticia en el momento presente de un lugar y de unas personas (cf. *Sacrosanctum Concilium* 52; *Código de Derecho Canónico* 767 §1).

En sus largos años de ministerio sacerdotal, D. Javier Garde ha hecho vida el evangelio entre sus feligreses, ha actualizado el mensaje de Jesús para que transforme la existencia de cada creyente, ha desmenuzado la Escritura para hacerlas más comprensibles... Con dedicación y empeño ha preparado cada homilía, sabiendo que a través de su voz Dios sigue hablando a los hombres y mujeres de hoy día.

Para entender mejor el oficio homilético realizado por D. Javier Garde en cada celebración que preside, vamos a adentrarnos en los fundamentos teológico-litúrgicos de la homilía. Y así, al conocer su

transfondo, veremos cómo todas estas dimensiones están presentes en las homilías de D. Javier Garde y que en este libro están recogidas.

Comenzaremos haciendo un rápido recorrido por la historia de la homilía, para pasar después a describir la homilía como parte de la acción litúrgica, la homilía al servicio de la palabra de Dios y la homilía al servicio de las necesidades de los fieles.

UN POCO DE HISTORIA

La homilía forma parte de la liturgia desde sus orígenes, siendo una herencia judía. El culto sinagoga sabático constaba de la lectura de los textos bíblicos seguidos de un comentario homilético. En el libro de Nehemías se nos dice que, tras el exilio, al encontrar las sagradas Escrituras, “los levitas... leían el libro de la Ley de Dios con claridad y explicándolo de forma que comprendieran la lectura” (Neh 8,8). Sabemos, además, por los evangelios, que el mismo Jesús tomó un día la palabra en la sinagoga de Nazaret, después de haber proclamado un pasaje del profeta Isaías (cf. Lc 4,15-22).

Jesús, tras resucitar, como preámbulo de la *eucaristía* con los discípulos de Emaús, “comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura” (Lc 24,27). Y Pablo también dirigía la palabra a las comunidades que visitaba en el marco de la eucaristía (cf. Hch 20,7.11).

El testimonio más antiguo que ha llegado a nuestros días que describe la celebración de la eucaristía, la *Apología* de san Justino de mediados del siglo II, señala que en la asamblea dominical “cuando el lector ha acabado, el que preside exhorta e incita de palabra a la imitación de estas cosas excelsas” (*Apología primera* 67). En ese mismo siglo se sitúa la amonestación de la *Segunda Carta de Clemente* que nos indica que los presbíteros predicaban en las celebraciones: “no parezcamos creyentes y atentos sólo cuando nos amonestan los presbíteros, sino también una vez de regreso en nuestras casas, recor-

demos los preceptos del Señor” (*Segunda Carta de Clemente* 18, 3). E, igualmente, también en aquel tiempo, Ignacio de Antioquía invitaba a Policarpo de Esmirna a “hacer una homilía contra los oficios deshonestos” (*Epístola a Policarpo* 5, 1).

En los siglos posteriores encontramos grandes homiletas, particularmente en los siglos IV-V como Basilio, Juan Crisóstomo, León Magno, Ambrosio y Agustín; anteriormente habían destacado Cipriano y Orígenes, y más tarde el papa Gregorio Magno. Estas homilías eran consideradas como una conversación familiar de un pastor de almas con su pueblo durante una acción litúrgica, a partir de un texto bíblico sugerido por la liturgia.

En la alta Edad Media la predicación cristiana dentro de la misa decayó. La homilía, además de separarse de la celebración, pasó a ser temática, perdiendo la referencia a los textos bíblicos y la conexión con la realidad de los fieles. Las nuevas órdenes mendicantes, particularmente los dominicos, se dedicaron a la predicación, pero no como en los tiempos patrísticos que partían de las lecturas bíblicas de la celebración litúrgica, sino que convierten la homilía en catequesis doctrinales o morales alejadas de la temática que ofrecía la liturgia; propiamente eran sermones. Surgió incluso la predicación fuera de la misa, en las llamadas misiones populares. A veces, se incluían en la misa, pero ajenas a la misma, esto es, durante la celebración de la eucaristía un predicador, desde el púlpito, dirigía su palabra a los fieles.

El Concilio de Trento al tratar del sacrificio de la misa, en la sesión XXII del 17 de septiembre de 1562, ordenó “a los pastores y a cada uno de los que tienen cura de almas, que frecuentemente, durante la celebración de las misas, por sí o por otro, expongan algo de lo que en la misa se lee, y entre otras cosas, declaren algún misterio de este santísimo sacrificio, señaladamente los domingos y días festivos» (DH 1749).

El *Código de Derecho Canónico* publicado en 1917, mantuvo esta misma disposición aunque especificando el contenido de la predicación: “Hágase una breve explicación del evangelio o de alguna parte de la doctrina cristiana”; Trento había sido más genérico: “expongan algo de lo que en la misa se lee”.

El nuevo *Código de Rúbricas* publicado en 1960 prohibió la práctica de predicar durante la misa, recuperando la homilía su lugar originario, esto es, tras la proclamación de las lecturas: “Tras el evangelio, principalmente los domingos y fiestas de precepto, hágase una breve homilía para el pueblo, si se considera oportuno. La homilía, hecha por otro sacerdote o por el celebrante, no se superponga a la celebración de la misa, impidiendo la participación de los fieles. La celebración de la misa se interrumpe y solamente cuando acaba la homilía se reemprende”.

Gracias al sustrato preparado por el movimiento litúrgico de la primera mitad del siglo XX, y también por influencia del contemporáneo movimiento bíblico, el Concilio Vaticano II en su primera constitución *Sacrosanctum Concilium*, publicada en 1963, manifestó que la homilía es una parte integrante de la celebración litúrgica, que esta debe estar en consideración los textos bíblicos y litúrgicos, y que es obligatoria en las misas de los domingos y fiestas de precepto (cf. *Sacrosanctum Concilium* 24, 35 y 52).

LA HOMILÍA, PARTE DE LA ACCIÓN LITÚRGICA

Distinguimos dos partes en la celebración eucarística: la liturgia de la palabra, también denominada mesa de la palabra, y la liturgia eucarística, también denominada mesa del cuerpo del Señor (cf. *Sacrosanctum Concilium* 48, 51). Ambas son igualmente importantes, hasta el punto de afirmar que “la Iglesia ha venerado siempre las sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del cuerpo de Cristo” (*Dei Verbum* 21).

La homilía está situada dentro de la primera parte de la celebración, la liturgia de la palabra, que se desarrolla siguiendo este orden: primera lectura, salmo responsorial, segunda lectura –cuando las rúbricas la prescriben–, aleluya o versículo antes del evangelio en tiempo de Cuaresma, evangelio, homilía, símbolo de la fe –cuando las rúbricas lo prescriben– y oración universal. Así, podemos decir que en primer lugar la palabra es proclamada –en las lecturas–, después es explicada –en la homilía–, en tercer lugar es profesada –en el símbolo de la fe– y, finalmente, es rezada –en la oración universal–.

Dado que la homilía forma parte de la celebración litúrgica, no puede ser ajena a la misma. Así que, debe estar adaptada al contexto celebrativo, esto es, no es lo mismo predicar en una eucaristía o en un bautizo o en una boda o en un funeral o en laudes o en vísperas... ni tampoco el mismo texto bíblico tiene la misma resonancia en el tiempo de Adviento, Navidad, Cuaresma o Pascua. De modo que la propia celebración debe repercutir en la homilía dándole un color u otro. El propio *Misal Romano* nos recuerda que en la homilía hay que tener presente el misterio que se celebra (cf. *Ordenación General del Misal Romano* 65); tengamos en cuenta que los propios textos litúrgicos pueden emplearse como fuente de la homilía (cf. *Sacrosantum Concilium* 35, 2; *Inter Oecumenici* 54; *Ordenación General del Misal Romano* 65; *Ordenación de las Lecturas de la Misa* 24). De tal modo que la homilía “oriente a la asamblea a una comunión con Cristo en la eucaristía que transforme la vida” (*Evangelii gaudium* 137).

LA HOMILÍA, AL SERVICIO DE LA PALABRA DE DIOS

La homilía está, en primer lugar, al servicio de la palabra de Dios. Este es un rasgo sustancial de la predicación que se realiza en el marco de la celebración litúrgica. La fuente de otros tipos de predicación (evangelizadora, catequética...) puede ser otros. Sin embargo, la homilía, para que sea homilía, debe partir de las lecturas bíblicas proclamadas en la celebración. La *Sacrosantum Concilium* nos lo

recuerda: “en la celebración litúrgica la importancia de la sagrada Escritura es sumamente grande pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía” (*Sacrosanctum Concilium* 24); “las fuentes principales de la predicación serán la sagrada Escritura y la liturgia” (*Sacrosanctum Concilium* 35, 2). Y en los libros litúrgicos postconciliares, particularmente la *Ordenación General del Misal Romano* y la *Ordenación de las Lecturas de la Misa*, quedó recogido este principio. La normativa previa era mucho más genérica pues se limitaba a decir que en la homilía se exponía “algo de lo que en la misa se lee”, de modo que, normalmente, en la liturgia tenían lugar sermones, pero no homilías propiamente dichas. Los propios santos padres eran conscientes de que las palabras que dirigían al pueblo en la celebración litúrgica tras la proclamación de las lecturas era un comentario de éstas, tal y como manifiesta el gesto de tener el libro sagrado entre las manos.

De modo que, la homilía no es una predicación libre sino una prolongación de las lecturas bíblicas, como hizo Cristo con los discípulos de Emaús que, antes de partir el pan, “comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura” (Lc 24,27). Se trata, por tanto, de una actualización del mensaje anunciado. En la homilía se explican las lecturas del *Leccionario* para que puedan iluminar el presente que vive la Iglesia, cada cristiano, la sociedad... En la homilía se exponen “a partir del texto sagrado los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana” (*Ordenación de las Lecturas de la Misa* 24). Así la palabra proclamada se convierte en palabra dicha hoy para nosotros.

Este presupuesto exige que el predicador lea y estudie el texto, en primer lugar, ayudado de los medios que le ofrece la exégesis bíblica, para conocer su contexto, su sentido, su finalidad... Y después, lo medite y ore para recibir la luz del Espíritu Santo y así “arda su corazón” como el de los discípulos de Emaús, haciendo una exégesis orante. La exhortación postsinodal *Verbum Domini*, en el número 59,

recogiendo la proposición 15 del sínodo de la palabra, señala que los predicadores (obispos, sacerdotes, diáconos) deben preparar la homilía en la oración para que prediquen con convicción y pasión, haciéndose tres preguntas: “¿qué dicen las lecturas proclamadas?, ¿qué me dicen a mí?, ¿qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?; el predicador tiene que ser el primero en dejarse interpelar por la palabra de Dios que anuncia, porque, como dice san Agustín: Pierde tiempo predicando exteriormente la palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior”. De tal manera que se haga realidad el deseo marcado por la *Ordenación de las Lecturas de la Misa* hacia la homilía: “fruto de la meditación, debidamente preparada” (*Ordenación de las Lecturas de la Misa* 24). En palabras de D. Bonhoeffer “el predicador debe encontrarse de tres maneras con la palabra de Dios: en la mesa de estudio, preparando seriamente su ministerio con la ayuda de los oportunos subsidios y comentarios; en el reclinatorio, orando la palabra que va a predicar, de modo que no sólo sepa hablar “de” Dios, sino ante todo hable “a” Dios en su oración personal; y, finalmente, en el púlpito, dejando que en el momento mismo de su ministerio resuene en él mismo, antes que en sus hermanos, lo que Dios nos comunica”.

LA HOMILÍA, AL SERVICIO DE LAS NECESIDADES DE LOS FIELES

La homilía se dirige a una asamblea concreta que hay que tenerla en consideración para adaptarse a su situación y a sus necesidades. Acabamos de explicar como la homilía debe partir de la palabra de Dios para actualizarla. Por ello, la homilía no puede tener un contenido genérico o abstracto, esto es, no es válida una homilía estándar, sino que debe aplicar la verdad perenne del evangelio a las circunstancias concretas de la vida de la comunidad a la que está dirigida (cf. *Presbyterorum ordinis* 4; *Evangelii gaudium* 154-155). De tal manera que los pastores dan “una respuesta más apropiada, tomada de la palabra

de Dios, a las circunstancias especiales de sus propias comunidades” (*Ordenación de las Lecturas de la Misa* 63) y los fieles de cualquier lugar del mundo, aunque han escuchado las mismas lecturas, gracias a la reflexión hecha por el ministro ordenado en la homilía, las meditan aplicándolas a sus circunstancias concretas (cf. *Ordenación de las Lecturas de la Misa* 62). Así, los acontecimientos de la vida eclesial, social y vital se convierten en clave hermenéutica del texto sagrado que deja de ser letra impresa en un papel para convertirse en palabra “viva y eficaz” (Heb 4,12).

Para hacer realidad que la homilía está al servicio de las necesidades de los fieles es necesario que quien está al cargo de la misma conozca la comunidad que va a tener delante para adaptar su lenguaje y el contenido a su nivel. En la asamblea puede abundar el número de niños o de jóvenes o de personas mayores..., puede estar compuesta exclusivamente por religiosos o religiosas. Y de este modo conseguir que el lenguaje de la homilía sea comunicativo y que los destinatarios la entiendan. Además, para mantener la atención de los fieles, convendría conocer y poner en juego todas las armas que la oratoria ofrece: expresividad, modulaciones de voz que enfatizen... E incluso, en su justa medida, podrían emplearse medios audiovisuales o informáticos -como diapositivas o proyecciones de ordenador-, escenificaciones o montajes catequéticos (*Directorio para las misas con niños* 36; *Evangelii gaudium* 156-159), siempre y cuando no obstaculicen el fin propuesto en la homilía, esto es, actualizar la palabra de Dios a la situación vital de la asamblea; ya que podría darse el caso de que los fieles queden impactados por la forma y pierdan el fondo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Quisiera concluir recordando el texto de la única homilía de Jesús que ha llegado a nuestros días, un modelo breve y conciso. Fue en la sinagoga de Nazaret, un sábado, donde tras leer un pasaje del profeta

Isaías, enrolló el libro, se sentó y les dijo: “Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír” (cf. Lc 4,16-21). Con estas palabras debería poder resumirse siempre cualquier homilía, esto es, que en la predicación, tomando luz de los textos bíblicos y litúrgicos, quede iluminada la existencia humana de modo que la palabra de Dios permanece viva y eficaz, dando sus frutos en los fieles cristianos.

José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena
Delegado Diocesano de Liturgia (Pamplona).